

***Cuadernos Americanos* y el exilio español: nacimiento de una revista universal (1942-1949)**

Por Ana GONZÁLEZ NEIRA*

*A la memoria de Maruja Rodríguez
Cociña-Cataña*

EL 13 DE MARZO DE 1939, el Círculo Cervantes de París acogía una reunión convocada por la Delegación de la Junta de Relaciones Culturales adscrita a la embajada de España en Francia. Bajo la presidencia de Marcel Bataillon se congregaron intelectuales españoles de la talla de José Bergamín, José María Gallegos Rocafull, Manuel Márquez, Augusto Pi y Suñer, Joaquín Xirau, Américo Castro, Gabriel Bonilla, Roberto Fernández Balbuena y Juan Larrea. A punto de certificarse definitivamente la derrota republicana, tenían como objetivo la creación de un organismo que tutelara y promoviera el ambiente cultural fuera de España. En dicha sesión también estuvo presente el diplomático Fernando Gamboa, que en representación de la legación mexicana apoyó esta iniciativa desde un primer momento. Días después, se llevó a cabo otra reunión presidida por el embajador mexicano Narciso Bassols, en la que:

de común acuerdo la víspera de la partida [se decidió] arrendar en la capital mexicana un local adecuado para el mejor desenvolvimiento de la empresa cultural emigrante —reuniones, conferencias, exposiciones artísticas etc.— a la vez que editar dos revistas: una con destino a un público extenso, y otra de nivel cultural superior, más estrictamente española y, por ello, restringida. Todo lo cual se registró en un acta firmada por el presidente de la Junta, José Bergamín, que recibió de manos del Lic. Bassols un cheque de diez mil dólares, documento de compromiso que como no es de creer que desapareciera ha de obrar con seguridad en los archivos diplomáticos.¹

Poco después el grueso del recién creado organismo se trasladó a México, al abrigo de la política de acogida del presidente Cárdenas.

* Profesora de la Universidad de Génova, Italia; e-mail: <anagneira@hotmail.com>.

¹ Juan Larrea, “A manera de epílogo”, *España Peregrina*, núm. 10 (1977), ed. facsimilar, p. 76.

Uno de los acuerdos establecidos en la citada reunión fue la creación de una revista encauzada a los desterrados y centrada en temas españoles y del exilio. Fue esta *España Peregrina* que vio la luz en enero de 1940 con vocación mensual y dirigida por José Bergamín, Juan Larrea y Josep Carner. Sin embargo, poco tiempo tardaron en surgir los problemas económicos que tantas veces acompañan la suerte de todo refugiado y, ya en junio de ese mismo año, Juan Larrea y Eugenio Ímaz asumieron que la publicación estaba en bancarrota. La revista cerró en 1941, por lo que su último número, el 10, ya preparado para la imprenta, tendría que esperar hasta 1977 para ver la luz de la mano de otro desterrado, Alejandro Finisterre, albacea del legado de Juan Larrea.

Ante la difícil situación económica de *España Peregrina*, Larrea consultó a Octavio Barreda y a Bernardo Ortiz de Montellano sobre quién podría proporcionarles anuncios para sanear las cuentas de la cabecera; la respuesta fue similar: Jesús Silva Herzog. Por lo que en febrero de 1941, León Felipe, Ortiz de Montellano y Larrea acudieron a hablar con Silva Herzog a su despacho de Estudios Económicos de la Secretaría de Hacienda. Larrea cuenta que en esta entrevista le manifestaron

la necesidad en que nos veíamos de obtener alguna ayuda publicitaria, mínima por cierto, para que *España Peregrina* donde todo era gratuito, pudiera reanudar sus gestas inseminadoras. Y sin que ello impidiese, sino al contrario, para más adelante, la realización de otro proyecto de mayor ambición y que a mí, por lo adecuadísimo que me parecía a la situación de nuestro mundo, se me antojaba inevitable: la creación de una gran revista, la más importante revista en lengua castellana que, en aquel momento en que ardía Europa por sus cuatro costados, fuese producto de la estrecha colaboración creadora de hispanoamericanos y españoles, con miras a preparar el advenimiento de una cultura más universal, más humana. Abrevio. A la tercera reunión, siempre ante una mesa bien servida, don Jesús nos comunicó que, desde luego, él no creía tener la menor dificultad para conseguirnos de algunas entidades amigas los anuncios que precisábamos. Pero lo que a él le interesaba personalmente era el segundo proyecto, el de la gran revista que, con el apoyo del gobierno de Ávila Camacho, o, si no, de alguna otra manera, él se creía capacitado para lograr su financiación.²

El primer paso para introducir en el mercado a *Cuadernos Americanos* consistió en buscar los fondos necesarios para su financiación, y con este fin, en mayo de 1941, Ortiz de Montellano, León Felipe y

² *Ibid.*, p. 84.

Larrea redactaron unos informes en los cuales exponían el porqué del nacimiento de la cabecera y explicaban sus principios y orientación. Era el documento que Silva Herzog presentaba cuando necesitaba aclarar en qué consistiría la nueva revista, a quienes solicitaba dinero para su puesta en marcha. Sus contactos le permitieron reunir los primeros 17 000 pesos de procedencia muy diversa y firmar el 22 de agosto de 1941 un contrato de fideicomiso con la Nacional Financiera de treinta años de duración.

Silva Herzog desplegó sus habilidades y conocimientos de economía y prefirió desechar una única fuente de financiación para recabar pequeñas cantidades de dinero, 500 pesos por cada una. Con la diversificación de aportaciones se reducía el riesgo de quiebra súbita y total, se garantizaba la independencia y se evitaba el nunca deseado sometimiento de la revista a intereses ajenos a la cultura.³ De hecho, este estratégico planteamiento llamó la atención, tal como se desprende de las palabras de Octavio Barrera: “En febrero de 1942 apareció *Cuadernos Americanos*, proyectada especialmente por Juan Larrea y respaldada económicamente por don Jesús Silva Herzog, quien por sus méritos y amistades obtuvo del fisco, de la banca y de los anunciantes más valiosos, las sumas y recursos jamás soñados por empresas similares”.⁴ No obstante, los refugiados no pudieron cumplir el compromiso de que las partes mexicana y española aportaran igual cantidad de dinero porque los recursos de las arcas republicanas se habían agotado. Sin embargo, el inicial capital intelectual y el trabajo de la puesta en marcha de la revista sí eran de la España exiliada. Está muy claro que

³ Silva Herzog explicó: “no convenía acudir a un ‘mecenas’, a una persona acaudalada o a alguna institución poderosa, porque los mecenas suelen ser exigentes e imponen sus opiniones. Creí mejor buscar mecenitas dispersos, solicitando de cada uno la suma de 500 pesos por una sola vez. En el curso de varias semanas hablé por teléfono, en sobremesa de desayunos o comidas con treinta y cuatro personas y solamente una me falló [...] Después de la firma del convenio con la Nacional Financiera conseguí 13 000 pesos más de tres nuevos contribuyentes. Uno de 3 000 pesos del norteamericano señor Margolis, a quien había conocido cuando fungí como gerente de la Distribuidora de Petróleos, 5 000 pesos de José Figueroa y 500 pesos de Cabalán Macari. A estos dos señores los encontré en la antesala del secretario de Hacienda y les dije: ‘¿Qué han hecho ustedes por la cultura de México?’. Sorprendidos, me respondieron: ‘Pues nada’. ‘Les voy a dar la oportunidad de tranquilizar su conciencia, ayudando a la publicación de la revista continental *Cuadernos Americanos* que pronto verá la luz pública’, y ambos sacaron las chequeras, firmaron en blanco y me dijeron: ‘Ponga la suma que quiera’ [...] ‘5 000 pesos cada uno y quedo conforme’”, Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 246-247. En el 25 aniversario de la publicación Silva Herzog reconocía “reuní la suma de 30 000 pesos y nos lanzamos a la magna empresa”. Recogido en Alfredo Duque, “Los veinticinco años de la revista”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (1967), p. 58.

⁴ Octavio Barrera, “*Gladios, San-ev-ank, Letras de México, El Hijo Pródigo*” (1962), en *Las revistas literarias de México*, México, INBA, 1963, p. 231.

ambos capitales, el financiero y el humano, se conjugaron de manera equilibrada e intelectualmente muy fértil.

Diferentes autores perciben una línea de continuidad entre *España Peregrina* y *Cuadernos Americanos*,⁵ lo cual unido a la lectura de la primera de estas revistas nos induce a considerar que sobre ambas existe un espíritu compartido. En este sentido Díaz de Guereñu opina:

De *España Peregrina* a *Cuadernos Americanos*, lo que cambia ante todo es el destinatario, y con él la posición de la revista en el panorama cultural mejicano [...] El paso de una publicación a otra representa, en suma, la integración inevitable de los desterrados, obligados a dejar de oficiar de exiliados españoles para ocuparse de un modo u otro en las tareas, instituciones y empresas de la cultura mejicana.⁶

Por su parte, Adalberto Santana mantiene que no puede hablarse del origen de *Cuadernos Americanos* “sin mencionar otra revista que la inspiró y a cuyo espíritu daría continuidad: *España Peregrina*, órgano de difusión de la Junta de Cultura Española en el exilio”.⁷ A esto cabe agregar lo que Juan Larrea puntualiza en una carta a Jesús Silva Herzog:

En la habitación que ocupa usted actualmente como director de *Cuadernos*, se encuentra usted rodeado de aquellos mismos muebles de que estaba rodeado yo en *España Peregrina*, por las mismas estanterías, por los mismos libros. La secretaría de *Cuadernos* usa los muebles de *España Peregrina* y sus útiles de oficina, se sirve de la misma máquina en que escribieron algunos originales y facturas del órgano literario de la Junta de Cultura Española. Y está usted apoyando, siquiera en parte, aunque tal vez sin darse entera cuenta, el mismo ideal que reinaba allí. Porque en aquel recinto se hablaba de dos cosas principalmente: de la reanudación de *España Peregrina*, en primer lugar, y, en segundo, de su deseable e inevitable transformación en una revista mexicano-española, de carácter continental, más apta

⁵ Pedro Pascual, “Creación cultural y revistas en el exilio”, en María Fernanda Mancebo, ed., *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després. Actas del I Congreso Internacional celebrado en Valencia del 1 al 4 de diciembre de 1999*, Valencia, Universitat de València, 1999, pp. 221-227; Rosa Grillo, “Revistas y editoriales”, en Luis de Llera, coord., *El último exilio español en América*, Madrid, MAPFRE, 1996, p. 454.

⁶ Juan Manuel Díaz de Guereñu, “Del llanto a la quimera: Juan Larrea en la fundación de *Cuadernos Americanos*”, en José Luis Abellán et al., *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1998, p. 119.

⁷ Adalberto Santana, “*Cuadernos Americanos*”, *Mensual de Humanidades y Ciencias Sociales* (UNAM, Coordinación de Humanidades), núm. 34 (septiembre del 2008), p. 18.

instrumentalmente para defender y propagar los conceptos humanos que nos incandesían.⁸

Y en el artículo de despedida de *España Peregrina* y anuncio de aparición de *Cuadernos Americanos*, se dice:

La antorcha de *España Peregrina*, lejos de extinguirse, se dispone a cobrar más vívido incremento. Los hondos anhelos humanos que encendió en nosotros la tragedia española y que el consecuente cataclismo universal sufrido hoy por el mundo corrobora y acrecienta, darán figura a una nueva y más importante publicación. No particularmente española, sino hispanoamericana, es decir, española de un modo más amplio [...] El primero de enero de 1942 circulará en toda América el número 1 de la revista *Cuadernos Americanos* llamada a enfrentarse con los graves problemas que plantea la actual crisis histórica. Dirigida en hermanada colaboración por una representación selectísima de la intelectualidad mexicana y por otra muy escogida de la española y abriendo sus columnas a las firmas insignes del continente, será impulsada, frente al concepto reaccionario de Hispanidad, por los mismos ideales que han movido a la Junta de Cultura.⁹

La profesora italiana Rosa Grillo insiste en que “la desaparición de *España Peregrina* fue, en realidad, un acto fundacional, ya que, gracias a una madura comprensión de la situación internacional, nació *Cuadernos Americanos*”.¹⁰ Y Ascensión Hernández de León Portilla opina que el vínculo entre ambas cabeceras es tal que “en realidad, la revista nunca murió; más bien se transformó en una publicación que de ser conciencia de los valores universales de España, pasó a ser la conciencia de los valores universales de todo un continente”.¹¹

El nacimiento de *Cuadernos Americanos* se produce en un momento crítico para los desterrados; después de que la Casa de España cambiase su nombre por el de El Colegio de México; cuando el exilio cultural español se vio obligado a asumir que no podía continuar viviendo en la aislada burbuja de la diáspora. Su integración era obligada

⁸ Cito por Alejandro Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 35 (1992), p. 124. Alejandro Finisterre publicó en 1992 el mismo artículo, con igual título y contenido en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 501, pp. 89-100.

⁹ “Despedida y tránsito”, *España Peregrina*, núm. 10 (1977), ed. facsimilar, p. 3. Artículo redactado por Larrea según Benito del Pliego, *La obra ensayística de Juan Larrea y los fundamentos de la modernidad artística*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2002, p. 701.

¹⁰ Grillo, “Revistas y editoriales” [n. 5], p. 454.

¹¹ Ascensión Hernández de León Portilla, “España y lo español en *Cuadernos Americanos*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (1995), p. 250.

porque el desarrollo de los acontecimientos históricos les imponía el comienzo de su apertura a la tierra de acogida. Silva Herzog reconoció en una carta de 1977: “Siempre he dicho cuando ha venido a cuento, que *Cuadernos Americanos* es en cierta medida herencia de la revista *España Peregrina* creada por varios distinguidos intelectuales españoles asilados en México, al huir del fascismo instaurado por Franco en España con la ayuda de Hitler y Mussolini”.¹²

Las voluntades mexicana y española se encadenan en los orígenes de la publicación que nos ocupa. El nombre de *Cuadernos Americanos* se debe a Alfonso Reyes¹³ ya que la propuesta de León Felipe de “El Hombre Peregrino” había sido rechazada y sobre ello se lee en *España Peregrina*:

Que a ningún español sorprenda el título de la nueva publicación. Con mayor firmeza si cabe que hasta aquí y discrepando en esto de la corta mentalidad política vinculada al aspecto local de los problemas históricos, creemos que la más alta y genuina resonancia de la guerra española tiene como objeto a América, y que aquí, en esta tierra de promisión y bajo el clima de Nuevo Mundo se tienden los surcos donde germinará su simiente.¹⁴

Por otro lado, Silva Herzog reconoce: “La cooperación de Juan Larrea, durante los primeros ocho años, merece mención especialísima, pues sin ella tal vez la revista hubiera fracasado”.¹⁵ Y don Jesús insiste:

Acto de justicia es recordar la participación de Juan Larrea en la dirección de la revista, desde el primer número (enero-febrero 1942) hasta el de septiembre-octubre de 1949. Él fue quien ideó la forma de presentación, las características ondas evocadoras del mar en movimiento, la división en secciones y los rubros sugerentes de las mismas. *Cuadernos Americanos* es mucho lo que debe al poeta y escritor español.¹⁶

En la Junta de Gobierno de *Cuadernos Americanos* predominaban los intelectuales mexicanos sobre los españoles. Éstos eran cinco y seis los mexicanos: Pedro Bosch Gimpera, ex rector de la Universidad

¹² Citado por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 119.

¹³ Alfonso Reyes ya había puesto nombre a publicaciones como *Tierra Nueva* (1940) y *Rueca* (1941).

¹⁴ “Despedida y tránsito” [n. 9], p. 3.

¹⁵ Jesús Silva Herzog, “Veinte años al servicio del mundo nuevo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (1961), p. 11.

¹⁶ Citado por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 120.

de Barcelona; Eugenio Ímaz, profesor de la Universidad Autónoma de México; Juan Larrea, ex secretario del Archivo Histórico Nacional de Madrid; Manuel Márquez, ex decano de la Universidad de Madrid; Agustín Millares Carlo, catedrático de la Universidad de Madrid; Daniel Cosío Villegas, director general del Fondo de Cultura Económica; Mario de la Cueva, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México; Manuel Martínez Báez, presidente de la Academia de Medicina de México; Bernardo Ortiz de Montellano, ex director de *Contemporáneos*; Alfonso Reyes, presidente de El Colegio de México; y Jesús Silva Herzog, director de la Escuela Nacional de Economía de México.

Para el poeta bilbaíno resultaba imprescindible que los mexicanos se identificasen con *Cuadernos Americanos* para prevenir su desaparición; otras experiencias como la de *Romance* lo aconsejaban así. Por ello propuso que en lugar de los dos directores (Ortiz de Montellano y Larrea) y un administrador gerente (Silva Herzog), que en un principio se harían cargo de la revista, hubiese un solo director (Silva Herzog) y dos codirectores, secretarios o jefes de redacción, puestos que ocuparían él y Ortiz de Montellano. Sobre esta posibilidad Larrea recuerda:

Pero como Bernardo se negó a aceptar otro título y cargo que no fuese el de director mexicano, yo me decidí a recomendar el cambio proponiendo a don Jesús como director y asumir con sus múltiples responsabilidades y peligros, las incumbencias amplísimas de una secretaria obligada a resolverlo absolutamente todo. Lo que resultó ser un memorable acierto. Ya en marcha la revista Bernardo dejó de pertenecer a la Junta de Gobierno, siendo sustituido, a propuesta mía, por don Alfonso Caso.¹⁷

Larrea en la práctica actuaba como codirector y “hombre orquesta”,¹⁸ como él mismo se calificó. Al no existir consejo de redacción¹⁹ y a la luz de los datos orales y escritos recogidos, resulta lógico deducir que llevaba gran parte del peso de la revista.

Tras varios meses de preparación, la presentación de *Cuadernos Americanos* se realizó en una cena a finales de diciembre de 1941. En

¹⁷ Larrea, “A manera de epílogo” [n. 1], p. 86.

¹⁸ Así se califica él mismo en una carta enviada a Fernanda Iglesia en 1960: “Me fue dado promover, contra viento y marea, la publicación de *Cuadernos Americanos*, que estructuré y sobre cuyo destino velé directamente como secretario —y haciendo de hombre orquesta— mientras me fue posible (1942-1949)”, en María Fernanda Iglesia Lesteiro, “Juan Larrea, archivero, bibliotecario, arqueólogo”, *Boletín de la ANABAD* (Madrid), tomo 45, núm. 4 (1995), p. 16.

¹⁹ En la publicación en ningún momento aparece una mancheta, pero sí los miembros de la Junta de Gobierno.

ella se repartieron los primeros cincuenta ejemplares y tomaron la palabra Alfonso Reyes, León Felipe y Silva Herzog.²⁰

En cuanto al diseño exterior, el rasgo que más define a *Cuadernos Americanos* es la limpia síntesis compositiva de su portada, lograda merced a la compensación entre el cromatismo de las olas y el fondo en blanco crema. Se particulariza por su sencillez y sobriedad, en ella sólo se lee el nombre de la revista y el número entre las ondas de color. Según Liliana Weinberg:

Todos reconocen a *Cuadernos* por la representación del mar en su portada. El mar, lugar del desencuentro pero también del prometido encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo. El mar del 92 y el mar del 98. El mar que Martí rechazó como símbolo del imperio [...] O tal vez un océano, el Atlántico, que, como lo quería Henríquez Ureña, fuese capaz de unir a nuestras naciones como lo hizo el Mediterráneo tras la quiebra del Imperio Romano [...] unidad por el descubrimiento de una tradición compartida, por un pasado imperial que es necesario reconocer y superar. El mar, reunión de la familia hispanoamericana. El mar liberador de hombres, como el de Rubén. O a la vez el mar como símbolo de la América que acoge y fascina al desterrado, como en Pedro Salinas. O el mar como símbolo de la traducción intrahistórica, de la matriz de la historia, como en Unamuno. O el mar de tiempo, el agua de Heráclito y Machado. El mar como símbolo de tradición y creación, unidad y diversidad, dispersión y reunión, desencuentro y encuentro, que todo esto considero envuelve la imagen del mar en las coloridas portadas de *Cuadernos*.²¹

En cuanto al diseño interior singulariza sobremanera la cabecera el equilibrio entre el blanco del papel, la parte escrita, así como una muy cuidada elección de la fotografía y unos fotomontajes de gran calidad artística.

La primera ilustración del número inicial de *Cuadernos Americanos* se yergue cual expresión gráfica de estos idearios, pues sobre una imagen del mapa de América²² figura la frase del presidente Francisco Pi y Margall: “América, tú eres mi esperanza, tú estás llamada a salvar al mundo” y la de Rubén Darío: “América es el porvenir del mundo”. Un catalán y un nicaragüense conscientes de la importancia del Nuevo Continente en el devenir de la humanidad.

²⁰ De estos discursos el único publicado fue el de Alfonso Reyes, que se inserta en el segundo número, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (1942). En nota a pie de página figura que la cena se celebró el 30 de diciembre de 1941.

²¹ Liliana Weinberg, “Jesús Silva Herzog: un nuevo descubridor de América”, en Georgina Naufal Tuena y Benito Rey Romay, comps., *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar*, México, UNAM-FCE, 1994, p. 105.

²² Firmada por el exiliado Josep Renau.

En los principios conceptuales de la revista, la huella del pensamiento larreano se distingue con suma facilidad tanto en la parte icónica (sobre todo en sus fotomontajes) como en la escrita. En ambos casos, es manifiesta la visión sublimada de América, continente al que muestra como la gran esperanza, como el mundo nuevo del que surgirá la renovada civilización tras el derrumbe de Europa.

Aunque sí es él su gran paladín, no se puede aseverar que este credo le sea exclusivo, pues comparten una perspectiva análoga otros creadores que firman en *Cuadernos Americanos*, como los españoles Eugenio Ímaz y León Felipe o el francés Pierre Mabille.

Juan Larrea imprime a la revista características esenciales, a nivel físico y de contenido. Creemos básico conocer su pensamiento para tratar de justipreciar la línea editorial de *Cuadernos Americanos* durante sus primeros ocho años.²³ David Bary mantiene: “El tono de la nueva revista, a pesar de que su director era un economista de tendencias marxistas, respondía a las preocupaciones culturales de Juan Larrea, cuyo criterio era sostenido en las discusiones de la redacción por León Felipe y Eugenio Ímaz”.²⁴

Para Larrea, América suponía una nueva fase en la historia de la humanidad, veía en ella el renacimiento de una nueva civilización. Creía necesario el sacrificio de la Segunda República y la inmolación del pueblo español para que cuanto representaba aquella renaciera en América; defendía que las convulsiones de Europa germinarían en un Mundo Nuevo. En *Cuadernos Americanos*, plasmó su teoría: América como salvación de la civilización una vez cumplido el fracaso de Europa. Bajo el peso de su formación católica y los postulados del monje calabrés Joaquín de Fiore, realiza una correlación entre Asia, Europa y América y las figuras de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu), y sostiene que una vez terminada la fase del Hijo que corresponde a Europa, el protagonismo pasa al Espíritu (América).²⁵

²³ Uno de los primeros estudios del pensamiento larreano se encuentra en José Luis Abellán, *De la guerra civil al exilio republicano*, Madrid, Mezquita, 1983, pp. 192-225. Abellán lo clasifica dentro del pensamiento delirante, “con cuya expresión he querido significar las formas a veces desafortunadas con que el trauma del exilio fue vivido y pensado por algunas mentes privilegiadas: el misticismo de la malagueña María Zambrano, la visión apocalíptica del bilbaíno Juan Larrea, la tendencia autodestructiva y suicida de Eugenio Ímaz o la vivencia mesiánica de un exilio eterno en el caso de José Bergamín”, José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América: los transterrados de 1939*, Madrid, FCE, 1998, p. 26.

²⁴ David Bary, *Larrea: poesía y transfiguración*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 124.

²⁵ Claudia Macías Rodríguez, “Utopía y profecía del Nuevo Mundo en el exilio republicano en México”, *Revista digital Espéculo*, núm. 20 (2002), en DE: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero20/utopia.html>>, 15 de octubre del 2005. Véanse tam-

Estas ideas provocaron el descontento de algunos intelectuales y una reacción en contra de *Cuadernos Americanos* que resultó ser muy productiva para la cultura en lengua castellana, ya que como contraposición Octavio Barreda fundó *El Hijo Pródigo*:

Como desde los primeros números de *Cuadernos Americanos* se desarrollaba una especie de política continental en que se llegaba al absurdo de dar por acabada Europa, y al parecer el resto del mundo con excepción de la América, estimábamos que las tesis propagadas, tan ostensible como exageradamente por Larrea, el secretario de la revista, requerían un contrapeso, una rectificación precisamente cuando el mundo entero pasaba y sufría uno de sus momentos más aflictivos. No era verdad ni adecuado proclamar que Europa (incluyendo a España y a Rusia) estaba liquidada. Además, pensaba yo que los valores de la inteligencia y de la cultura no podían encerrarse en un determinado espacio. Para mí, el asunto no radicaba tanto en el espacio como en el tiempo. Todo era cosa de tiempo, de esperar, pues no era posible deshacer de una plumada lo europeo, la cultura de un mundo histórico y temporal y gritar que el paraíso estaba únicamente en América y que hasta teníamos que ser bilingües a fin de realizar el profético matrimonio del Norte con el Sur que proponía Larrea. Ciertamente que éstas eran ideas personales tuyas, pero el director de la revista, por lo menos en los primeros números, no las rectificaba o rechazaba. Había, pues, que lanzarnos a la aventura de una revista diferente, de cultura universal, sin limitaciones de espacio, de todos los tiempos.²⁶

Pensamos que bajo las concepciones del poeta vasco subyace el convencimiento de pertenecer a un país inigualable y que sus ideas se acercan bastante a lo que Francisco Caudet denomina el “imperialismo espiritual” que, en nuestra opinión, poseían bastantes desterrados para quienes, escribe Caudet: “La España republicana [...] debía ser considerada una nación excepcional, una nación que, a pesar de su adversidad, había tenido que conservar los principios traicionados por Europa. El tono de superioridad moral es uno de los *topoi* más recurrentes del exilio”.²⁷

La percepción profética y poética del nuevo continente defendida por el secretario de *Cuadernos Americanos*, en buena medida explica la abundancia de estudios sobre antropología, historia, literatura,

bien Felipe Daniel Obarrio, “Juan Larrea y el mito del Nuevo Mundo”; y José Ángel Ascunce, “Juan Larrea y el humanismo utópico”, ambos en Juan Manuel Díaz de Guereñu, coord., *Al amor de Larrea*, Valencia, Pre-textos, 1985, pp. 175-210 y 165-174, respectivamente.

²⁶ Barreda, “*Gladios, San-evank, Letras de México, El Hijo Pródigo*” [n. 4], p. 232.

²⁷ Francisco Caudet, *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*, Madrid, Fundación Banco Exterior de España, 1992, p. 201.

arte etc., de los países iberoamericanos y hace comprender la profusión de ensayos que abordan tangencial o directamente la identidad de las distintas naciones de Hispanoamérica.

Entre 1942 y 1949 la estela del bilbaíno es fácil de seguir a través de los textos editados en la revista, en la cual se presenta a la cultura “como un todo orgánico, vivo y universal, no limitado a los problemas de conocimiento y de la creación artística, ni a las especializaciones fragmentarias, sino llamado a tomar conciencia de sí mismo, e integrarse en síntesis, a entrar en operación creadora”.²⁸

Destacamos la pluralidad de los temas que se tratan en *Cuadernos Americanos*, y que se refieren mayoritariamente a los países de la América de habla hispana. En este sentido Liliana Weinberg mantiene que es omnívora, un calificativo que a su entender “no implica de ningún modo otorgarle un carácter de acumulación de textos sin signo definido, sino, muy por el contrario, enfatizar una de sus características fundamentales: la búsqueda apasionada y plural del conocimiento y el debate sobre América Latina”.²⁹

A dicho fin se rinde una buena parte de los textos firmados por refugiados. Entre otros: Pedro Comas Calvet escribe sobre el sistema jurídico colombiano, Faustino Miranda, sobre la fabricación del papel por los aztecas, Pedro Armillas se ocupó de la arqueología mexicana, José Gaos de la búsqueda de una filosofía americana, Juan de la Encina sobre el Perú precolombino o José Miranda sobre Clavijero. Margarita Nelken analizó la obra de Diego Rivera mientras que Francisco Giner de los Ríos se centró en la poesía de Alfonso Reyes. Son sólo unos ejemplos de cómo estas plumas exiliadas se incorporaron a la cultura hispanoamericana en sus diversos ángulos, y en especial a la mexicana.

A pesar de contar con escasos testimonios directos del propio Larrea, con pocas informaciones de sus coetáneos sobre su vida,³⁰ creemos muy probable que él se comportase como el motor oculto de *Cuadernos Americanos*. A diferencia de la imprescindible y constante presencia pública de Silva Herzog, su trabajo pasaba desapercibido

²⁸ Véase Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 128.

²⁹ Liliana Weinberg, “*Cuadernos Americanos: entre la memoria y la imaginación*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 50 (1995), p. 16.

³⁰ Sorprende que en los pocos trabajos publicados sobre Larrea, en su mayoría dirigidos por Juan Manuel Díaz de Guereñu, se pase de puntillas por su vida en México. Se analizan sus escritos sin referirse a sus amistades, trabajo, actividad social etc. El único testimonio directo de estos años lo constituyen sus cartas, en especial la dirigida a Silva Herzog en 1950.

para el gran público. Según sus propias palabras, él diseñó las páginas y la portada, decidió su distribución en cuatro secciones con los significativos nombres de “Nuestro Tiempo” (basada en ensayos sobre asuntos de actualidad, especialmente sobre relaciones internacionales), “Aventura del pensamiento” (sobre materias filosóficas y científicas), “Presencia del Pasado” (sobre historia, arqueología y antropología) y “Dimensión imaginaria” (dedicada a la creación y a estudios de arte y literatura).³¹

“Presencia del pasado” supuso entonces una novedad en las cabeceras culturales, ya que hasta ese momento la arqueología o la antropología sobre las que versaba en exclusiva esta sección no alcanzaban una presencia tan notoria. Aventuramos que su inclusión obedece a varios supuestos; uno de ellos fue resaltado por el propio Larrea como objetivo de *Cuadernos Americanos*: “El estudio del pasado a instancia del presente y ambos en función del porvenir, sirviéndose de la arqueología como medio para fundamentar el aspecto continental y americano de la empresa, así como favorecer su difusión”.³²

Esta intencionalidad se plasmó en sus páginas y creemos que debe relacionarse con el “espíritu del tiempo” y las aficiones de su secretario, quien había quedado fascinado por la civilización inca a raíz de su estancia en Perú en 1930.

En lo concerniente al “espíritu del tiempo”, no olvidemos el ambiente social que rodeó a nuestra revista, sobre todo en sus primeros ocho años. En este punto traemos a colación que los hallazgos y el estudio de los restos de las grandes civilizaciones precolombinas impregnaron al movimiento indigenista de apoyatura científica. Debemos recordar que los postulados indigenistas se desarrollaron paralelos a los deseos de definir y asentar la diferenciada personalidad de la na-

³¹ “Todos estos caracteres, creo que sin excepción —es decir, salvo un título y medio que se deben a Ímaz de los cuatro de las secciones, y el de la revista adelantado por Alfonso Reyes— fueron aceptados a propuesta mía cuando no puestos en práctica directamente. Recuerdo que la aceptación de alguno de ellos, como el de consagrar una sección a los problemas y sucesos de nuestro tiempo, y el de la ilustración gráfica, requirieron despliegue, uno de tenacidad y el otro de insistencia. Que la arqueología figurara en la revista y a ser posible en casi todos los números, tampoco fue cosa comprendida de inmediato”. Carta fechada en julio de 1950 enviada por Larrea a Silva Herzog, citada por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 129. La impronta larreana es evidente también en la elección del nombre “Presencia del pasado”, que recuerda el artículo publicado por el poeta vasco en *España Peregrina* (núm. 7), bajo el título de “Presencia del futuro”. Su estancia en Perú y el conocimiento de la cultura inca seguramente influyeron en él a la hora de incluir esta sección.

³² Plasmado en la carta enviada a Silva Herzog en julio de 1950, *ibid.*, p. 128.

ción mexicana, que influyeron en el programa político de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho, y que grandes empresas vinculadas al gobierno de este último insertaban “avisos” en *Cuadernos Americanos*.

La distribución interna de la cabecera supuso otra novedad entre las revistas culturales que hasta ese momento se limitaban a ser una sucesión de ensayos con un apartado de reseñas y bibliografía, generalmente ubicado al final. De hecho, Octavio Barreda, bajo el pseudónimo de Carlos Zalcedo, reseña de este modo su aparición en el sistema literario mexicano:

Han atinado con una estructura interna que difiere novedosamente de la tradicional de las publicaciones periódicas [...] Forman, pues, un todo orgánico pletórico de aptitud para enfrentarse con el problema esencialmente orgánico de la cultura. Por lo que tiene de lógico y fecundo, por su elasticidad y movimiento interno, por su adecuación para enfocar desde los diferentes ángulos un objeto intelectual envolviéndolo en su panopsis comprensiva, la fórmula de *Cuadernos Americanos* constituye, a nuestro juicio, un logro de considerable importancia.³³

Larrea escogió el tipo de papel y de letra, eligió dónde colocar la publicidad y las ilustraciones cuando los autores de los textos no las proporcionaban. Además, se encargó de los envíos, de las cuestiones de imprenta y corrigió las pruebas. Su labor, la enumera en parte en la carta de 1950 dirigida a Jesús Silva Herzog:

es de creer que el trabajo con que contribuí al nacimiento y aparición de *Cuadernos* valía probablemente algo más que los ciento cincuenta pesos mensuales que —teniendo en cuenta quizá mi condición de padre de familia y mi calidad de presidente de la Junta de Cultura Española— se me entregaran a partir del otoño y durante varios meses por realizar las siguientes labores: secretaría o codirección como quiera llamársele; solicitud de colaboración; recepción de visitas; ilustración gráfica sin medio alguno; corrección de originales y pruebas; vigilancia en la imprenta durante veinte o veinticinco días cada dos meses, tarea que algún tiempo fue exigente; correspondencia literaria y administrativa; pagos y cobros; contabilidad —rudimentaria, naturalmente; distribución en México; anuncios etcétera. Durante no pocos meses me incumbió tocar todos los instrumentos de la orquesta, sin olvidar la escena y, a ratos, el manejo de la batuta. Más tarde, se duplicó mi estipendio y se me descargó la contabilidad.³⁴

³³ Carlos Zalcedo, “Aparición de una gran revista”, *Letras de México*, núm. 13 (enero de 1942), p. 9.

³⁴ Citado por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 130.

En el nacimiento de *Cuadernos Americanos* coincidieron dos voluntades: la mexicana representada por Jesús Silva Herzog³⁵ y la de los republicanos por el exiliado Juan Larrea, quien años más tarde le precisa a don Jesús:

Como ya le escribí en otra ocasión, no faltan razones para considerarme a mí, la “madre” de *Cuadernos* [...] Supongo que no tendrá usted reparo en reconocerme, *inter nos*, dicha “maternidad” [...] Ahora bien, no creo que nadie pueda discutirme con justicia la maternidad de la criatura, puesto que todos los caracteres de esa su originalidad, tanto los externos como los internos, le llegaron por mi cauce.³⁶

Siguiendo el símil de los progenitores, Silva Herzog actuó como padre que trabaja fuera para traer el dinero a casa, mientras que Larrea era la madre que se entrega al hogar, para que el fruto de una labor compartida pero realizada con una visibilidad no equitativa, la revista, crezca firme y fuerte.

A él le debe la publicación su subtítulo: “Revista del Nuevo Mundo”, casi un lema definitorio de lo que pretendía ser. A juicio de Benito del Pliego “resulta tan difícil imaginar lo que hubiera sido *Cuadernos Americanos* de no haber participado en el proyecto Juan Larrea como pensar a Juan Larrea sin la existencia de *Cuadernos Americanos*”.³⁷

Su peculiar modo de concebir Hispanoamérica no se impuso totalmente en la línea editorial. Logró imprimirle una profunda marca mientras permaneció de secretario-codirector, pero ni siquiera comportó excluir opiniones frontalmente contrarias a ella, ya que en sus páginas se insertaron pareceres discordantes. En “Hacia una definición de América” se contraponen dos cartas que se cruzaron José E. Iturriaga y él.³⁸ En

³⁵ Jesús Silva Herzog (1892-1985), junto a Reyes, Cosío Villegas, Bassols y otros, propició la llegada de los primeros intelectuales exiliados a México. Fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas. Fue docente en la Facultad de Economía de la UNAM, miembro del Colegio Nacional, de la Academia Mexicana de la Lengua, de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica desde 1934 a 1962 y de la Junta de Gobierno de la UNAM, estadista y diplomático. Desempeñó cargos políticos de alto rango como subsecretario de Educación Pública, presidente del Comité de Aforos y Subsidios al Comercio Exterior, gerente de la Distribuidora de Petróleos Mexicanos, subsecretario de Hacienda y Crédito Público y presidente del Consejo Técnico de la Secretaría de Bienes Nacionales.

³⁶ Citado por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], pp. 123 y 128.

³⁷ Del Pliego, *La obra ensayística de Juan Larrea y los fundamentos de la modernidad artística* [n. 9], p. 264.

³⁸ Véase *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (1942). La polémica continúa en *Letras de México* donde José E. Iturriaga escribe: “No permita que la voluptuosidad de crear mitos

la del primero comprobamos cómo este historiador mexicano con un prisma más realista, no comparte la idealización de América, ni su mesiánico protagonismo en la nueva civilización.

Otro ítem relevante que se rastrea en los textos de nuestra cabecera, consiste en una, llamémosle, prevención hacia la política que seguía Estados Unidos en lo que atañe a Iberoamérica. En ellos, hasta 1944 se acepta la política de panamericanismo con recelo y siempre y cuando Estados Unidos respete y trate a los países iberoamericanos en igualdad de condiciones y no procure imponer sus intereses. A partir de 1944 aumenta la desconfianza hacia el vecino del Norte y casi se opina abiertamente que el panamericanismo no acarrea un cambio real en la política exterior estadounidense. Es un modo de pensar que se distingue claramente en los ensayos de mexicanos como Cosío Villegas o Silva Herzog, del argentino Gustavo Polit, del cubano Fernando Ortiz, del venezolano Picón Salas o, incluso, en el novelista de Nueva Jersey, Waldo Frank. Pero los colaboradores de *Cuadernos Americanos* no dudan del antifascismo de Estados Unidos y en uno de sus fotomontajes, Larrea presenta a Roosevelt como el nuevo Moisés que liberará a Europa del nazismo.³⁹

En la carta, no exenta de cierto fastidio, que le dirige a Silva Herzog en 1950, Juan Larrea le enumera los principios y particularidades que él infundió a *Cuadernos Americanos*, algunos de ellos ya mencionados en líneas anteriores:

Comprensión de la cultura como un todo orgánico, vivo y universal, no limitado a los problemas del conocimiento y de la creación artística, ni a las especializaciones fragmentarias, sino llamado a tomar conciencia de sí mismo, e integrarse en síntesis, a entrar en operación creadora.

Inseparabilidad, por tanto, de los criterios científicos, históricos y artísticos de los problemas llamados políticos y de los sucesos históricos actuales que piden una comprensión dilucidada, objetiva y orgánica, adecuada a aquella razón de conjunto, y que exige del hombre ilustrado una inteligencia no diremos beligerante pero sí dinámica, creadora. Insuficiencia

lo extravié y lo lleve a alinearse a bandos que ha combatido con denuedo. Un escritor modesto no tiene derecho a estar mal informado, aunque sea poeta [...] Vuelve usted a sacrificar la verdad en aras de su mito geográfico”, José E. Iturriaga, “Hacia una definición de América”, *Letras de México*, núm. 23 (1942), p. 6. Asimismo, otro exiliado, José Herrera Petere, se hace eco de la polémica en su artículo “En contra de un absurdo y peligroso ‘geografismo’”; en él apoya la postura de José Iturriaga frente a la larreana visión catastrofista de Europa. Archivo José Herrera Petere, Diputación Provincial de Guadalajara, Caja 62, registro 06.01.

³⁹ Fotomontaje “Presidente Franklin D. Roosevelt”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (1945).

patente de los valores antiguos y urgencia de estimular la creación de otros nuevos y más evolucionados, fomentando en esta dirección el sentido de responsabilidad de los intelectuales de nuestro mundo.

Creencia de que el continente americano está llamado a realizar los aportes de conciencia necesarios para infundir caracteres de mundo nuevo y distinto a ese todo cultural naciente por ser propio de su destino dar cuerpo, al contacto con la universalidad a una entidad diferenciada, a un hombre y a una cultura nuevos.

La participación española en ese proceso es elemento esencial porque corresponde a su contenido histórico, a la tendencia innata de su destino y al sentido de los acontecimientos actuales servir de puente entre mundo y mundo. De aquí, que su participación en la empresa sea, no instrumental, sino sustantiva.

Los caracteres que derivan de estos principios son:

— La división de la revista en cuatro secciones, con cuatro nombres poéticos distintos correspondientes a los cuatro grandes horizontes creadores en cuya confluencia está situada. Estructuralmente, representa la unión de cuatro revistas complementarias, acordadas orgánicamente a la consecución de un solo fin.

— La importancia primordial dada, conforme a aquella índole viva, a los problemas del día que deben ser comprendidos, a ser posible, en función de una conciencia creadora universal.

— Una orientación americana por sobre cualquier nacionalismo y sobre el europeísmo, con miras a la universalidad.

— Estudio del pasado a instancia del presente y ambos en función del porvenir, sirviéndose de la arqueología como medio para fundamentar el aspecto continental y americano de la empresa, así como favorecer su difusión.

— Ilustración gráfica intencionadamente poética con el diseño de reforzar el texto y de estimular el ejercicio de la imaginación creadora.

— Notas bibliográficas como medio para tocar indirectamente y con miras creadoras los problemas complementarios más interesantes dentro de las posibilidades, desentendiéndose de la crítica corriente de libros.⁴⁰

Cuadernos Americanos no hubiera podido surgir en 1939 ya que los refugiados arribaban a México con la confianza en un rápido regreso a España. Pero las circunstancias históricas hicieron que no fuese así y su muchas veces voluntario aislamiento de los primeros tiempos cedió ante el imperativo de una adaptación al país que con tanta generosidad los había acogido. De ahí que algunos transformaran su deseo de volver en interés hacia el redescubrimiento y valoración de las riquezas culturales y medioambientales de esta República.

⁴⁰ Citdo por Finisterre, “Juan Larrea, León Felipe y el cincuentenario de *Cuadernos Americanos*” [n. 8], p. 128.

Subrayamos que *Cuadernos Americanos* desde el inicio se abre a autores de cualquier nacionalidad; cumple lo que Alfonso Reyes informó en su discurso de presentación: “sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber”.⁴¹ También Silva Herzog incide en ello: “sus cuatro secciones han estado a la disposición de todos aquellos que han tenido algo que decir y han sabido decirlo”.⁴² En nuestra cabecera localizamos firmas de hispanoamericanos, europeos, estadounidenses y de exiliados republicanos. Todos de un modo directo o indirecto abogan por la comunidad de países hispanos, y se oponen al concepto de hispanidad defendido por el régimen franquista.

Coinciden en ella una buena parte de los intelectuales republicanos desterrados en México a causa de la Guerra Civil Española de 1936-1939, un número menor de los que se refugiaron en el resto de América y tan sólo dos de los que permanecieron en Europa. Posiblemente ninguna otra revista editada en Hispanoamérica reúna a tantos españoles, ya que en los años analizados (1942-1949) computamos a ochenta y ocho y no incluimos a los once que ya residían en el Nuevo Continente desde antes del conflicto y que también eran antifascistas.

Gran parte de los exiliados que contabilizamos en *Cuadernos Americanos* proceden de lo que en la historia de la literatura se denomina la España de la Edad de Plata. Se formaron bajo la impronta de la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza y recibieron el apoyo de la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), que los había becado en los mejores centros de investigación europeos y de Estados Unidos. Una minoría desempeñaba profesiones liberales (médicos, abogados, impresores etc.), un porcentaje elevado eran profesores universitarios, y a algunos ya los había acogido la Casa de España (Federico Pascual del Roncal, José Gaos, Enrique Díez-Canedo, Gonzalo Lafora etc.). Cabe situar a los literatos bajo la influencia no igualitaria del Pérez Galdós más progresista, de Antonio Machado, del ambiente de la Generación del 27, del imaginismo y del aire fresco que acarrearón a la creación las vanguardias históricas europeas.

Salvo excepciones, participaron poco en los combates armados de la Guerra Civil, muchos pertenecían o eran afines al partido Izquierda Republicana, mientras que no había militantes anarquistas, y los comunistas (Nelken, Garfias), socialistas o nacionalistas (sólo catala-

⁴¹ Alfonso Reyes, “América y los *Cuadernos Americanos*”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (1942), p. 10.

⁴² Jesús Silva Herzog, “El número cien”, *Cuadernos Americanos*, núm. 100 (1958), p. 10.

nes como Nicolau D'Olwer, Pedro Bosch Gimpera o Juan Rocamora Cuatrecasas) eran escasos. Cabe detallar que en sus escritos en *Cuadernos Americanos* sí se aprecia su defensa de la democracia, pero no su modo de pensar partidario.

Al igual que ocurrió con casi todos nuestros refugiados, el exilio varió o truncó la vida personal y profesional de los colaboradores de la revista y en algunos casos les obligó a cambiar su objeto de estudio.⁴³ La realidad americana se impuso y bastantes enfocaron hacia ella sus labores o investigaciones: vemos a José Gaos volcado en la filosofía mexicana; Bibiano Fernández Osorio-Tafall en la biología marina mexicana; Faustino Miranda en la botánica;⁴⁴ Javier Malagón en historia del derecho o Pedro Armillas en la arqueología mexicana. Por su parte, el historiador Ramón Iglesia cambió totalmente su enfoque sobre la figura de Bernal Díaz del Castillo después de su establecimiento en México.

Entre 1942 y 1949 algunos de los artículos de los refugiados republicanos se centran en la Guerra Civil Española, en la política de Franco, o en el ambiente de la posguerra en España, pero otros muchos versan sobre cuestiones relativas a América Latina.

Varios de estos colaboradores son especialmente prolíficos y en *Cuadernos Americanos* se contabilizan artículos de José Gaos (28 escritos), Juan Larrea (21), Eugenio Ímaz (19), José Medina Echavarría (11), León Felipe (10), Francisco Giner de los Ríos (9), Joaquín Xirau (9), Mariano Ruiz Funes (8), Guillermo de Torre (8), Juan David García Bacca (7) y José Moreno Villa (7).

En su conjunto el número de colaboradores de *Cuadernos Americanos* es amplísimo. En los índices⁴⁵ de la revista de 1942 a 1971

⁴³ Véase Luis Enrique Otero Carvajal, "La destrucción de la ciencia en España: las consecuencias del triunfo militar de la España franquista", *Historia y Comunicación Social*, núm. 6 (2001), pp. 149-186.

⁴⁴ En una carta de Faustino Miranda a Juan Cuatrecasas (28-I-1944) explica el cambio de rumbo de sus investigaciones: de la ficología se pasa a la vegetación terrestre de México: "Como usted habrá podido ver, ahora me dedico a la fanerogamia. ¡Lo que hacen las circunstancias! Comprenderá las dificultades que he tenido que vencer para ello, y en un país como México, tan diferente de lo que uno había conocido. Es como volver a empezar. Sin embargo, puede uno encontrar mucho de agradable en esto, cuando tiene todavía los ojos jóvenes. Pero no habrá otro remedio. En México el mar apenas interesa. No son los de aquí pueblos navegantes. Y había que vivir también. En fin, voy haciendo lo que puedo", en Javier Cremades Ugarte, Francisco Javier Dosil Mancilla y Xosé Fraga Vázquez, "Faustino Miranda (1905-1964): nuevos datos relacionados con su formación botánica en España y con su contribución a la ficología marina", *Botanica Complutensis*, núm. 25 (2001), p. 195.

⁴⁵ Ángel Flores, *Índices de Cuadernos Americanos 1942-1971*, México, Cuadernos Americanos, 1973, p. xiii.

Silva Herzog los cifra en 976. Destacamos que los españoles desterrados no son los únicos de esta triste condición que publican en la cabecera entre 1942 y 1949; junto a ellos, producto de las condiciones políticas de la época, asoman otros refugiados europeos (Anna Seghers, Émile Noulet, Marietta Blau, Bruno Frei, Mario Montagnana,⁴⁶ Leo Valiani, Roger Caillois, D.J. Vogelmann, Hans Platschek) así como también otros exiliados a causa de la implantación de dictaduras en Latinoamérica (el argentino Héctor P. Agosti en Uruguay, el peruano Ciro Alegría en Chile o el guatemalteco Cardoza y Aragón en México).

Es probable que para muchos de ellos, publicar en nuestra revista supusiese una plataforma para entrar en el sistema cultural iberoamericano y por otra parte, en bastantes casos, sus textos eran un modo de prestigiarse para la revista durante la etapa de 1942-1949.

Somos de la opinión que lo español posee un papel importante pero no determinante en *Cuadernos Americanos*. Se incorpora como un valor más a esa comunidad que busca hacer frente al imperialismo cultural anglosajón. De hecho, en 1961 Silva Herzog insiste en puntualizarlo:

Otra de las metas perseguidas desde un principio por la revista, es la aproximación cultural de nuestros pueblos, dando a conocer su historia, sus problemas y a sus hombres de mayor estatura moral e intelectual. Es pertinente aclarar que en este caso, cuando digo nuestros pueblos, incluyo al pueblo español; y cuando en ocasiones digo nuestros países, tengo presente a la España de Vives, de Cervantes, de Jovellanos, de Costa y de Giner de los Ríos; tengo presente a la España que un día no lejano romperá los hierros que la sujetan para cumplir su noble destino.⁴⁷

Es imprescindible resaltar que los desterrados tuvieron el honor de compartir en *Cuadernos Americanos* espacio con los máximos representantes de la intelectualidad mexicana como Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes, Rodolfo Usigli, Leopoldo Zea, Edmundo O'Gorman, Antonio Carrillo Flores, Antonio Castro Leal, Samuel Ramos, Silvio Zavala, Andrés Henestrosa y otros muchos, ya que la lista es muy larga, así como con otros grandes intelectuales de los distintos países americanos. Además, creemos de justicia poner de manifiesto que a nuestro entender esta revista les proporcionó la

⁴⁶ Sobre este italiano véase Pietro Rinaldo Fanesi, "El exilio antifascista en América Latina. El caso mexicano: Mario Montagnana y la 'Garibaldi' (1941-1945)", en DE: <www.tau.ac.il/eial/III_2/fanesi.htm>, 29 de abril del 2006.

⁴⁷ Silva Herzog, "Veinte años al servicio del mundo nuevo" [n. 15], pp. 13-14.

ocasión de que sus estudios figurasen en las páginas de una publicación en la cual en estos ocho años firman cinco premios Nobel.

Se puede concluir que la armónica colaboración entre mexicanos y refugiados republicanos sentó con firmeza, flexibilidad y apertura progresista las bases para la creación de la más importante cabecera cultural en castellano de Hispanoamérica.